



Francisco Fernández Ordóñez, James Baker, Boris Pankin, Felipe González, Mijail Gorbachov y George Bush, de izquierda a derecha en primera fila, durante la Conferencia de Paz sobre Oriente Próximo realizada en el Palacio Real de Madrid en octubre de 1991. / LUIS MAGÁN

DE PAÍS AISLADO A ACTOR EN LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA Y LA GLOBALIZACIÓN

España y los españoles han dado tres vueltas al mundo desde el inicio de la transición. La primera para situarse en la Europa de entonces, y en el planeta. Una vez conseguido, cayó el Muro de Berlín y este país tuvo que afrontar el cambio a un mundo globalizado y a una nueva Europa. Y cuando volvía a llegar, el 11-S y el 11-M produjeron una nueva transformación, a la que España ha de adaptarse, para lo que necesita movilizar y ampliar todas sus capacidades. **Por Andrés Ortega**

El primer número de EL PAÍS abría, significativamente, con una noticia que tenía que ver con la política exterior de España: "El reconocimiento de los partidos políticos, condición esencial para la integración en Europa". Ya estaba claramente planteada la interrelación entre lo interno y lo externo, en un periódico que eligió que la primera sección de sus páginas fuera la de Internacional. Iniciaba entonces España un periplo interno hacia la democracia y un viaje externo hacia Europa y hacia el mundo. De hecho, aquella noticia venía a indicar que la integración en Europa no era sólo un anhelo sino un instrumento para facilitar la transición a la democracia, sin la cual las puertas de la hoy llamada Unión Europea no se nos hubieran abierto. Este primer viaje, en el que todos tuvimos que aprender mucho —políticos, diplomáticos, periodistas, expertos y ciudadanos—, se desarrolló en un contexto de guerra fría, aunque entrada ya en una distensión. Pues la distensión

internacional, pese al posterior *hipo* final de la invasión soviética de Afganistán y de los euromisiles, supuso un entorno que facilitó el cambio político en esa parte de Europa —Grecia, Portugal y España— en la que el resto y Estados Unidos habían asentado a las dictaduras en nombre de la estabilidad y el anticomunismo. Este primer viaje duraría hasta la integración en la OTAN, que marcaría la superación de las tentaciones neutralistas que surgieron durante la transición, y en la Comunidad Europea en 1986. Hoy, la política europea es una nueva dimensión que lo permea casi todo en la política interna y en la política exterior.

El esfuerzo de adaptación a Europa fue notable en aquellos años, y es parte consustancial de la modernización de España. Pero cuando ya España empezaba a sentirse cómoda, Europa y el mundo cambiaron. Primero con la creación de un mercado único, y posteriormente de una moneda común. Y, a la vez, con el cambio de mundo que supuso la caída del Muro de Berlín en 1989

y el fin del imperio soviético y de la guerra fría. Esta transformación abrió el horizonte de una ampliación de la Unión Europea que empezó con la absorción de Alemania del Este.

Los españoles nos volvimos a adaptar. Llegamos al euro y a otros retos. Estos fueron los años en que España literalmente realizó su segunda vuelta al mundo, participando en operaciones de paz en Centroamérica y África, de forma timorata en la guerra de 1991 para liberar el Kuwait invadido por Irak, y en la de Yugoslavia y su posterior pacificación. O impulsando iniciativas, acogiendo en 1991 la Cumbre de Madrid sobre Oriente Próximo de la que arrancó el proceso de Paz, uno de los puntos culminantes de la diplomacia española, o, en la Unión Europea, como el proceso de cooperación euro-mediterráneo desde la Cumbre de Barcelona en 1995, que consolidó otro enfoque hacia el Magreb (y especialmente hacia Marruecos, destino de todos los primeros viajes oficiales de los presidentes de Gobierno), y que ahora se

intenta ampliar con la iniciativa de la llamada Alianza de Civilizaciones. También el concepto de ciudadanía europea o el desarrollo de una política de seguridad interna, frente al terrorismo y otros crímenes organizados, en una Unión Europea que perdía sus fronteras internas.

España, entretanto, había pasado de ser un receptor de ayuda internacional —incluida la de Estados Unidos vergonzosamente a cambio de prestar sus bases, estatus que cambió por el de aliado en la OTAN— a tener su propia política de ayuda al desarrollo de los países más pobres, aunque la generosidad haya tenido altos y bajos en estos años.

Otro cambio fundamental ha sido la política hacia América Latina, que ha pasado de la retórica a una realidad constructiva, aunque sea con unas Cumbres Iberoamericanas que no se sabe bien qué hacer con ellas. En la última década, España se ha convertido en el primer inversor en América Latina. Quizás, como Estado, como economía y como sociedad tengamos dos asignaturas pendientes: Asia —especialmente China—, y nuestros nuevos socios en la UE de la otrora Europa del Este. Además del irresuelto problema de Gibraltar.

Estábamos, adaptándonos nosotros y nuestra Europa a la globalización, cuando llegó el terrible despertar a otro mundo el 11-S de 2001 con los ataques de Al Qaeda a las Torres Gemelas de Nueva York y al Pentágono en Washington; la guerra y pacificación de Afganistán, a la que España envió unidades, y la invasión ilegal y contra la opinión pública de Irak, en la que el Gobierno del Partido Popular participó en todo lo que pudo, salvo en el envío de tropas hasta después de acabadas las grandes operaciones. Con Irak, la política exterior entró, con fuerza, en el debate interior, con unas manifestaciones populares nunca vistas antes, ni siquiera cuando la tensión en torno al referéndum de 1986 sobre la perma-

Pasa a la **página 100**



Javier Solana, Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad de la Unión Europea; Colin Powell, secretario de Estado de EE UU; Kofi Annan, secretario general de la ONU; Dick Cheney, vicepresidente de EE UU y George W. Bush, presidente de Estados Unidos, de izquierda a derecha, en el Despacho Oval de la Casa Blanca en diciembre de 2002. A la derecha, Federico Mayor Zaragoza, durante una intervención como director general de la UNESCO, en 1999. / AP

Espanoles en primera fila de la escena internacional

En los últimos 24 años, pero en especial desde el ingreso en la Comunidad Europea, en enero de 1986, numerosas personalidades españolas han sido designadas por instituciones internacionales para desempeñar cargos de primera fila. Los puestos más relevantes han sido los de Javier Solana, Rodrigo Rato, Juan Antonio Samaranch, Federico Mayor Zaragoza y Miguel Ángel Moratinos. Pero también han llegado a puestos muy institucionales muy importantes José María Gil-Robles, Enrique Barón y Josep Borrell, presidentes del Parlamento europeo; Carlos Westendorp, Alto Representante de la Comunidad Internacional para Bosnia; Gil Carlos Rodríguez Iglesias, presidente del Tribunal de Justicia de la Comunidad Europea; Javier Rupérez, director del Comité Antiterrorista de la ONU; y Jordi Pujol, presidente de la Asamblea de las Regiones de Europa, entre otros.



Rodrigo Rato, director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), con el presidente de Brasil, Luiz Inacio Lula da Silva, el pasado septiembre. / REUTERS



Juan Antonio Samaranch durante su mandato de presidente del Comité Olímpico Internacional (COI). A la derecha, Miguel Ángel Moratinos, en su etapa de enviado especial de la Unión Europea en Oriente Próximo, y Yasir Arafat, presidente de la Autoridad Nacional Palestina. / EFE / AP



Viene de la **página 99** nencia en la OTAN. Y el malestar causado en la Administración Bush por la retirada española de Irak tras el 14-M debe ser superada. El refuerzo de las relaciones con EE UU, con los que España comparte crecientes intereses, desde la lengua española hasta la lucha contra el terrorismo global, es otra prioridad, desde una integración europea bien entendida.

En ese tercer viaje o transición hacia lo que son aún horizontes desconocidos en un mundo en mutación, estamos. El recorrido obliga a buscar un nuevo lugar para España en una Unión Europea formada por 25 países, y posiblemente pronto por 30. Para un país excéntrico, por su lugar geográfico en Europa, su tamaño demográfico y económico, y sus intereses, el reto es mayúsculo.

¿Con qué alforjas vamos a este tercer viaje? Pues no sólo las ambiciones, sino las necesidades y obligaciones de España han cambiado sobremanera.

Pero los instrumentos se han quedado raquíticos. En 1976, cuando empezaba a despertar al mundo internacional, España contaba con 554 diplomáticos. Hoy tiene 814, lo cual no se corresponde ni con los que tienen los países de nuestro entorno ni con el crecimiento de la actividad internacional española.

El recorrido obliga a buscar un nuevo lugar para España en una UE formada por 25 países

Desde aquellos días de 10.000 números atrás hemos ingresado en el Consejo de Europa, en la OTAN y en la Unión Europea, entre otras organizaciones, además de participar en las Cumbres Iberoamericanas y en otras bilaterales regulares con Francia, Alemania, Portugal, Italia, Marruecos y otros países.

El número de funcionarios en estas organizaciones internacionales sí ha crecido hasta más de 3.000 —dos terceras partes en la UE—; ahora contamos con el Instituto Cervantes, y muy recientemente se ha empezado a generar en España una capacidad de reflexión sobre la política internacional, que había sido una de las grandes carencias. Y en estos años, algunos españoles han llegado a puestos de gran relevancia en el mundo, como en la actualidad Javier Solana como alto representante de la Política Exterior y de Seguridad de la UE —y antes secretario general de la OTAN—, y Rodrigo Rato, director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI).

La política exterior española es hoy mucho más compleja, no sólo porque tenga que atender a más cosas, más actores y más gentes, y porque en buena parte se enmarque en la Europa que contribuye a definir sino también porque hay otros actores en España que tiene su propia acción exterior, desde las

ONG y las empresas hasta las Comunidades Autónomas y los ayuntamientos.

La alteración exterior de España ha sido colosal. Hoy, el interés de los españoles por lo que ocurre en su entorno es muchísimo mayor que hace 10.000 números, tanto que se pudo ganar o perder unas elecciones generales el pasado 14-M en buena parte por la política exterior. Probablemente, este despertar se hizo patente primero con el ingreso en la hoy Unión Europea y después con la guerra del Golfo, en 1991.

En estos últimos años, el 11-S, la guerra de Irak y el 11-M han cambiado muchas percepciones. Desde hace años, viajamos más; vendemos e invertimos más fuera, y viceversa; de un país de inmigración, en los últimos años, nos hemos situado a la cabeza de la UE en la llegada de inmigrantes, lo que también nos va a cambiar; y, desgraciadamente, hemos vivido en nuestras carnes lo exterior en la forma del terrible ataque terrorista del pasado 14 de marzo. No podemos ya escapar del mundo.